

# Los soles griegos

## Un cuerpo como una isla

Verte desnuda es  
recordar la tierra  
**Federico García Lorca**

Por las arduas colinas de tu cuerpo  
van mis ojos desnudos contemplando  
los tersos panoramas, precipicios  
y el bosque primordial que mi deseo  
exalta en la constante ceremonia  
de mirarte, llamarte desde el fondo del ser,  
de contemplarte como se ven los campos en otoño  
o las vertiginosas catedrales erguidas en la niebla  
y entrevistas en la región sin nombre de la aurora.  
Eres como una isla, te rodeo  
y me ajusto a tus formas.  
Me impide haccrles modificaciones  
el antiguo temor de hacerte daño.  
Por eso me mantengo en tus orillas  
y tierra adentro sólo van mis ojos.

## Presencias en Dafni

*a Selma Ancira*

Si usted se cubre un  
ojo, la mirada del  
Pantocrátor se dulcifica  
**Ianis Kanenas**

La mañana con pájaros  
y viento comedido  
tenía un dedo en los labios:  
«para llegar a Dafni  
hay que bajar la voz».

Piedras grises, mosaicos  
ardiendo bajo el sol.

El alto Pantocrátor  
fulminando sin furia.

Nace el señor,  
la virgen, presentada en el templo,  
tiene en las manos tensas  
algo premonitorio.

En los muros, la historia  
de los tiempos judíos  
se ponía los colores  
y rostros de Bizancio.

Afuera, el dios Apolo  
danza entre las columnas;  
en las aguas del pozo  
su canción sumergida.

Arde Dafni en el día,  
el Pantocrátor rige,  
se despereza Apolo  
y una brisa de albahaca  
nos llega de la tierra.

## La mañana en Andros

El viento recorrió toda la noche  
su invisible camino,  
gimió, rompió ventanas, abrió puertas.  
Era el viento del este, un viento turco  
cargado de iracundia.  
La isla navega con su azul cicládico  
en las dulces ventanas.  
No hay un momento en que no asome el mar.  
Todo es mar, es cielo reflejando  
la presencia del mar.  
Un mar tan suave  
que ni el viento logra  
inquietar sus entrañas,  
un mar que muestra  
todos sus secretos

y los daños causados  
 por el hombre.  
 Andros se queja del amargo viento,  
 pero respira en calma  
 en los brazos del mar.

## Pasando por Meteora

De pronto, de pronto el frenesí  
 nos dejará, cesará de correr por  
 esos canales rojos de nuestra vi-  
 da que con tanta frecuencia ha  
 recorrido, y otra clase de  
 gusano roerá esa gran vida de la  
 cual se nutría.

Thomas Wolfe

Como si al despertar no conociéramos  
 el cuerpo que nos une con la tierra;  
 como si al caminar ya no escucháramos  
 nuestros antiguos pasos;  
 como si al saludar ya no encontráramos  
 la certidumbre del conocimiento;  
 como si nuestra casa, de repente,  
 fuera una circunstancia hostil y muda;  
 como si nuestras gentes, con súbita actitud,  
 nos olvidaran...  
 Así unos días del año nos sentimos  
 y bajamos los ojos  
 e inclinamos el torso,  
 nuestras manos se aferran  
 a los muros del aire.  
 Flotamos...  
 y la vida nos deja en la caída.  
 ¿Hacia dónde caemos?  
 ¿en qué agujero inmenso se hundirá nuestro cuerpo?  
 ¿y quién podrá salvarnos?  
 ¿quién, en esta mañana y en esta tierra ajenas  
 nos tenderá las manos, detendrá la caída?  
 Nadie. Sólo nosotros, sólo lo que hemos sido,  
 los días acumulados con sus flores serenas,  
 con las santas muchachas de mirada segura,

los paseos por el bosque, las sabias madrugadas  
 descubriendo el suntuoso resplandor de la carne.  
 El frenesí está muerto y las manos lo extrañan,  
 pero no volverá.  
 ¿Vendrá después el viento a destrozar las ramas,  
 quedará sólo el miedo con sus garfios nocturnos?  
 No... no sabemos nada...  
 tan sólo que la vida sabe lo que ignoramos.  
 Nuestros pasos olvidan las curvas del camino.  
 Perplejos, agotados, mas con ganas de vida,  
 ese viento incesante nos lleva entre sus manos.

## Delfos, la voz cambiada

*En memoria de Yorgos Seferis*

Más que el templo de los atenienses  
 o las columnas trucas  
 o el graderío extendido  
 en lo alto de los montes  
 aquí reinan los ecos.  
 Las montañas dramáticas  
 repiten sin cesar  
 esas palabras  
 que lanzamos al viento.  
 Regresa nuestra voz  
 y no es la misma.  
 Algo en el viaje  
 le cambió el sonido.  
 No es la misma palabra  
 y no entendemos  
 la que regresa el eco.  
 Ahí, en esa palabra  
 cambiada por los montes,  
 está la predicción.

## Mujer dormida

Nuestras vidas son los ríos

Jorge Manrique

Desde aquí veo tu casa  
rodeada por el aire  
de esta mañana lívida.  
Veo tu puerta cerrada  
y el balcón entreabierto,  
siempre entreabierto  
para librarte de los sueños malos.  
Me asomo y veo tu cuerpo  
entre las sábanas,  
siento su respiración lenta.  
Todo está vivo.  
La sangre cumple su trabajo  
y transcurre sin prisa  
por tus sienas  
para que tú te duermas.  
Miles de vidas viven  
en un solo, prodigioso segundo  
de ese tiempo tan diferente al tiempo  
que nos manda a la calle  
y nos dicta sus leyes,  
nos obliga a correr  
y va pasando  
como pasan los ríos.  
Siento tu desnudo  
creciendo en la cama.  
Un cuerpo dormido  
nos entrega la paz del mundo.  
Me voy sin hacer ruido.  
Te dejo en el país  
construido por el sueño.  
Al irme siento que sonrías.  
Los ángeles del otoño,  
con un dedo en los labios,  
le ordenan a la vida  
que no te despierte.

## Lunes de invierno

La noche  
y los maduros corazones  
con esa oscura carga  
de todo lo omitido,  
pesan sobre las almas.  
Una luna violenta  
se oculta  
entre los árboles.  
Esta visitación  
nos sobresalta.  
No es época de luna  
y nada espera  
el corazón  
que pesa  
y no se calma.

Atenas  
está llena de luna  
en este invierno suave.  
Ay, otras lunas  
vieron los ojos jóvenes,  
otras lunas violentas,  
sumergidas  
en las nubes de fuego.  
Esta luna nos pesa  
y los maduros corazones  
recuentan  
sus pasiones incumplidas.

Hugo Gutiérrez Vega